Hoy... ¿y mañana?

Humberto López Morales

¿Existe realmente *una comunidad hispánica* en los Estados Unidos?

Todo lo visto anteriormente nos lleva por fuerza a desembocar en un tema apasionante pero difícil. ¿Existe realmente *una comunidad hispana* en los Estados Unidos? ¿O se trata más bien de un conjunto de comunidades con un alto grado (o al menos, suficiente) de personalidad? Las conclusiones que se han ido presentando en diferentes estudios son para todos los gustos, desde las más extremas, tanto en sentido positivo como negativo, hasta las de tendencias más conciliadoras: 'son más los elementos que nos unen que los que nos separan', o exactamente lo contrario. En esta última perspectiva se insertan las numerosas declaraciones de que lo único que une a estos grupos es —en la mayoría de las ocasiones— la lengua española (si bien se trata de diversas variedades regionales del español y de diversos grados de competencia lingüística) y, aunque en menor medida, la religión católica[1].

De momento lo único que puede decirse, dado el todavía escaso número de estudios contrastivos con base empírica, es lo relativo a: 1) las características de los inmigrados, 2) los deseos de retorno a sus lugares de origen, 3) el éxito económico, 4) los índices de escolaridad y 5) el grado de mantenimiento de la hispanidad y del español mismo (en su versión local).

Inmigrados y exiliados

En primer lugar están las características de los inmigrados y de los exiliados. Se ha dicho reiteradamente que existen dos tipos de individuos entre los llegados a los Estados Unidos: los que van en busca de una mejor situación socioeconómica, dada la vida precaria que han sufrido en sus respetivos países, y los que llegan a Norteamérica, bien con fondos económicos suficientes o al menos con potencialidad para conseguirlos. Aquí curiosamente casi todos los analistas oponen el caso cubano al del resto de la inmigración hispánica, lo que no deja de ser una drástica simplificación de la realidad.

Se dijo que el exilio cubano, político en su origen, estaba integrado por una elite culta y adinerada. Lo primero dio lugar a una política estadounidense de recepción de brazos abiertos y de ayudas de todo tipo como prueba de la admiración de los anfitriones por quienes abandonaban una vida de bienestar por rechazar principios políticos inadmisibles para la democracia. Estas ventajas, unidas a la buena formación profesional de estos inmigrantes, fueron responsables de su éxito económico inmediato[2].

Tal concepción fue sin duda inspirada por la situación reinante hasta los inicios de la década de los setenta. A partir de estos años, y aun de antes, aunque en proporciones más modestas, las cosas empezaron a cambiar. A medida que aumentaban los índices de depauperación de la isla, no eran únicamente motivos políticos sino también económicos (aunque reconociendo que lo uno es causa de lo otro) los que impulsaban a los cubanos al éxodo. Es verdad que a pesar de ciertas inyecciones desestabilizadoras, como la llegada de los 125.000 'marielitos' en graves momentos de inflación, la economía cubana de Miami se mantuvo en alza. Pero ello fue debido a factores muy específicos que empezaron a actuar desde los primeros momentos: la fundación de negocios y el aprovechamiento de las oportunidades brindadas para reiniciarse en la vida profesional, las facilidades intragrupales para la obtención de empleo, la estructura familiar trigeneracional, que favoreció la incorporación masiva de la mujer a la fuerza laboral, y el control de la natalidad (López Morales, 2003: 41-42).

En segundo lugar, se parte de la base de que los inmigrantes han llegado a los Estados Unidos, algunos tras no pocas vicisitudes, para quedarse, pero que con respecto a los exiliados, una vez eliminada la situación política (y religiosa) que había causado el alejamiento del país natal, el regreso no se haría esperar demasiado. Sin embargo, en el caso de los cubanos, que siempre han insistido con tenacidad en que no se los llame *inmigrantes* sino *exiliados*, las cosas no parecen estar tan claras.

Los datos procedentes de varias investigaciones nos hacen saber que, en 1972, el 70% de los encuestados declaró sus intenciones de regresar a la isla tan pronto como se produjera el ansiado cambio, pero dos años después los partidarios del regreso eran menos de la mitad (según Clark y Mendoza, en García, 1996: 238). Otro estudio de esos años (Portes et ál., 1985) descubrió que el 60% estaba decidido a abandonar los Estados Unidos tan pronto como la situación lo permitiese. Una encuesta periodística de *El Nuevo Herald* señaló en 1990 que solo el 15% de los 700.000 cubanos que entonces vivían en el condado de Miami-Dade estaba dispuesto a regresar a Cuba. Lisandro Pérez (1992), por su parte, declaró a este mismo periódico que creía que serían menos del 20% los que abandonarían la ciudad. No se dispone de información más reciente. Con todo, este punto, como se ve, no es definitorio[3].

Dentro del rubro de bienestar económico, deben revisarse dos índices de vital importancia: el estado de las empresas hispanas en Norteamérica y la situación financiera de las familias inmigradas.

Con respecto a las empresas hispanas, la situación queda planteada en el cuadro 1.

cuadro 1 Empresas hispanas en los Estados Unidos

Empresas	%	Facturación %
Mexicanas	49,1	37,9
Cubanas	12,1	21,4
Centroamericanas y suramericanas	20,9	16,6

Obsérvese que, aunque el porcentaje de empresas cubanas es de solo un 12,1%, su facturación es mayor que las centroamericanas y suramericanas. Repárese también en que si se tiene en cuenta el volumen demográfico de las diversas procedencias, las firmas comerciales cubanas deben ser proyectadas sobre un 5% de la población estadounidense que procede de la isla, mientras que las de los mexicanos lo serán sobre el 63,3%. Las diferencias parecen ser muy claras.

Sin duda estos datos deben tener alguna relación con la situación económica de los diferentes grupos de residentes hispanos en el país. El ingreso per cápita de familia entre ellos era, en 1992, el que muestra el cuadro 2.

cuadro 2 Ingresos per cápita familiares en 1992

	Mexicanos	Puertorriqueños	Cubanos	Suramericanos	Otros
Hasta 9.999 $	18,5%	31,2%	19,8%	18,1%	22,3%
Hasta 24.999 $	32,5%	30,5%	28,6%	34,9%	26,2%
Hasta 49.999 $	32,4%	25,3%	27,1%	30,8%	30,3%
50.000 $ o más	14%	12,9%	24,5%	16,2%	21,2%

Cuando se comparan entre sí las medias de ingresos, se repara en que son los cubanos los que reciben una media mayor de ingresos de 50.000 $ o más (24,5%). Aquí las distancias son notorias con respecto a los otros grupos, menos el rubro 'Otros', que también supera el 20%. Suramericanos, mexicanos y puertorriqueños se quedan muy por debajo. Pero cuando se revisan las cifras correspondientes a ingresos que van desde los 24.999 $ a los 49.999 $, el grupo cubano queda en cuarto lugar, y el mexicano en el primero. Si nos fijamos en las medias, por encima de todos están los del rubro 'Otros' (26.086 $), le sigue el grupo cubano (25.874 $) y continúan en leve descenso mexicanos (22.938 $), suramericanos (22.812 $) y puertorriqueños (18.999 $).

Ocho años más tarde, sin embargo, las diferencias se habían acrecentado algo (López Morales, 2000: 36): el grupo de cubanos estaba a punto de alcanzar la media de 50.000 $, seguido por los mexicanos (cerca de los 40.000 $), los de Centroamérica y Suramérica (poco menos que los mexicanos) y, por último, los puertorriqueños (unos 35.000 $). Parece evidente que desde el punto de vista económico, al menos atendiendo a estos dos parámetros, los cubanos están algo más despegados que el resto de los grupos principales de hispanos.

Los índices de escolarización son instrumentos muy fiables para medir el estatus cultural de los grupos de inmigrantes. En 1992, según datos del Current Population Survey (1992), la situación era la que puede observarse en el cuadro 3.

cuadro 3 Índice de escolarización en 1992

	Escuela Superior	Bachillerato	Maestría	Doctorado
Mexicanos	20%	6%	1,1%	0,1%
Puertorriqueños	25%	8%	2%	0,1%
Cubanos	38%	18%	4,5%	0,7%
Centroamericanos y suramericanos	33%	16%	3,1%	0,9%
Otros	37%	14%	4%	0,6%

El grupo cubano alcanzaba las cotas más altas en graduados de Escuela superior, de Bachillerato universitario (Licenciatura) y de Maestría, pero resulta superado por los centroamericanos y suramericanos con respecto a los doctorados, aunque bien es verdad que por poco margen.

Para el año 2001 se mantenían estas proporciones: entre los cubanos, un 70,3% había terminado los estudios de la Escuela superior y un 27,8% poseía títulos de Bachillerato universitario (Licenciatura). Estas cifras están por debajo de las de la población no hispana en cuanto a titulación de Escuela superior (87,7%), pero es la más alta de los grupos hispanos, seguida por los centroamericanos y suramericanos, que presentaban índices de 64% y de 18% para Escuela superior y Primer ciclo universitario, respectivamente.

Por otro lardo, si revisamos los índices de aculturación lingüística, según los datos de la Strategy Research Corporación (1998), observamos los datos que revela el cuadro 4.

cuadro 4 **Índices de aculturación lingüística en varias ciudades con amplia población hispana**

	Alta	Parcial	Escasa
Los Ángeles	13%	53%	34%
Nueva York	16%	63%	21%
Miami	8%	49%	43%
San Francisco	16%	61%	23%
Chicago	11%	65%	24%

Las diferencias saltan a la vista: Miami es la ciudad que menos aculturación lingüística presenta, en acusado contraste con Los Ángeles y, aunque con menos intensidad, con Nueva York, San Francisco o Chicago. Como la investigación está hecha sobre el total de hispanos de estas ciudades, hay que rehuir la tentación de concluir que los cubanos son los menos aculturados y los mexicanos y salvadoreños, los más. Luego este parámetro tampoco es concluyente.

Quizás más elocuentes sean las producciones culturales en español: en teatro y medios de comunicación social en español (Morales, 2001b), en particular, la prensa escrita, por ejemplo, Miami tiene más del doble que Los Ángeles y Nueva York juntos (Fradd, 1996: 9). Aunque la producción editorial de libros no llega a estas proporciones, sigue manteniendo un cómodo primer lugar[4]. Es posible que estos datos hablen a favor de un mayor cuidado y atención al cultivo de la hispanidad (en su variante local)[5].

Con respecto al mantenimiento del español, el cuadro 5 indica el porcentaje de uso del español en la casa.

cuadro 5 **Porcentaje de uso del español en casa**

Estados	% de población hispana	% de los que hablan español en casa
Nuevo México	38,2	26
Texas	25,5	20
California	25,4	18
Arizona	18,8	13
Florida	12,1	11
Nueva York	12,3	10
Colorado	12,8	6
Illinois	7,6	6
Washington D.C.	5	6

Estos datos de 1993 (U.S. Bureau of the Census, 1993), elaborados por Silva Corvalán (2000: 69), dejan ver la proporción de los que mantienen el español en el ámbito doméstico, pero no indican la calidad del español manejado. La misma autora ha preparado otro cuadro en el que muestra el porcentaje de hispanohablantes en la población hispana de los Estados Unidos (vid. cuadro 6).

cuadro 6 Porcentaje de hispanohablantes entre la población hispana

Estados	% de hispanohablantes
Florida	92
Nueva York	84
Illinois	81
Texas	79
California	72
Arizona	69
Nuevo México	69
Colorado	48

No es mucho lo que puede sacarse en claro de estos números con respecto a las procedencias de los hispanos (puesto que los datos están por estados), pero, de todas formas, que la Florida y Nueva York encabecen la lista significa que son las inmigraciones más recientes —puertorriqueños, cubanos y dominicanos— las que parecen mantener mejor la lengua materna.

Sin embargo, lo más importante es el uso del español en situaciones públicas. En esto, quizás el condado de Miami-Dade, dada su naturaleza oficial de bilingüe y bicultural, vaya a la cabeza del país. Hace ya tiempo, Lisandro Pérez (1992: 93) señaló con precisión que en Miami —se refería especialmente a los cubanos, pero su observación vale para cualquier hispano— se puede comprar una casa o un automóvil, obtener un tratamiento médico especializado o consultar a un abogado o a un contable, todo, utilizando únicamente el español.

A pesar de los cinco aspectos analizados, todavía estamos en un estado de indigencia informativa sobre los factores que podrían servir de denominadores comunes a los grupos hispanos radicados en los Estados Unidos. Se hace necesario fomentar más investigaciones en esta dirección. Aunque no se trate de un parámetro objetivo, valdría la pena intentar un estudio sobre las actitudes y las creencias de unos grupos hispanos hacia los demás (virtudes y vicios). Estos datos podrían llegar a ser muy iluminadores.

La lengua española, punto de unión

Hay que admitir que, de existir unidad entre estos grupos, no se trataría de una unidad racial, puesto que bajo el término 'hispano' no subyace esta noción, ni tampoco de una étnica; menos de una unidad cultural, que está muy lejos de darse. Es verdad que el nacimiento y la rápida propagación del vocablo 'latino' y su compañero 'la raza' sí suelen conllevar estas matizaciones. Aunque el asunto necesita de atención especial, parece que 'latino', término originario de los grupos del oeste del país, sí conlleva ciertos visos raciales, culturales y hasta lingüísticos: indigenismo ancestral frente a europeísmo, proletariado frente a burguesía, campesinado frente a cosmopolitismo, español como primera lengua o unida a un bilingüismo equilibrado, y un largo e impreciso etcétera. Solo la lengua, a pesar de las matizaciones que sea preciso hacer, se constituye en el vínculo único de grupos tan diversos desde tantos puntos de vista, lo que hace que esta lengua se dote 'de sustantividad suficiente como para operar de forma unitaria', como señala Gómez Dacal (2001: 171) muy atinadamente.

El papel fundamental que con ello adquiere el español en el país lo convierte en un instrumento crítico, que suscita reacciones encontradas. Las más sensatas y enriquecedoras se

inclinan hacia la certificación de sociedades bilingües-biculturales, como lo es de nuevo el condado de Miami-Dade[6], pero estas han sido ampliamente minoritarias.

La reacción más entusiasta en los Estados Unidos, sobre todo (pero no únicamente) entre la población anglohablante de clase media, ha sido la contraria, la de intentar por todos los medios oficializar el inglés, de manera de convertirlo por ley en el único idioma oficial de la nación, con los consiguientes corolarios que impedirían la acción pública del español en todas sus facetas, incluida la educación y los usos públicos.

Pero, a pesar de ello, el español sigue su marcha imparable. Todos los estudios recientes así lo demuestran. Por una parte, los hispanohablantes jóvenes y adolescentes que estaban perdiendo su lengua materna vuelven a las escuelas para readquirir destrezas comunicativas adecuadas que les permitan entrar de lleno en la fuerza laboral más demandada, la bilingüe[7]. Por otra, la enseñanza del español como lengua extranjera supera todas las previsiones en los niveles preuniversitarios, y en las universidades desbanca, con un generoso 60% de matrículas, a todas las demás.

El español es la segunda lengua en importancia en los Estados Unidos: las comunicaciones, la publicidad, la política, la cultura y otros aspectos varios de la vida diaria del país hacen uso del español con una frecuencia impensada hace solo un par de décadas. Y las cosas no han hecho más que comenzar.

Hacia el futuro

Los Estados Unidos son hoy el segundo país hispanohablante del mundo, por el número de sus hablantes. Este hecho había sido proyectado para 2030 (Británica Word Data), pero ya es una realidad. Las proyecciones para el año 2050 convertirían a los Estados Unidos en el primero, desplazando a México de este sitial y, por supuesto, a los que hasta hace muy poco tiempo estaban tras él: España, Colombia y la Argentina. Y parece que estos otros datos también van a adelantarse a las fechas previstas y, además, con mucha premura. Si la declaración de la Oficina del Censo es correcta, y efectivamente 2,5 hispanos entran —y seguirán entrando— cada minuto a la corriente general hispánica, los más de 13 millones anuales de que se habla apoyarían sólidamente estas proyecciones.

Pero al margen de la demografía, los datos arrojados por las estadísticas oficiales del último decenio comprueban que paso a paso van aumentando los índices de escolarización de los hispanos y, consecuentemente, su situación laboral. Los hispanos serán más educados y cultos y obtendrán más ingresos por sus trabajos. Poco a poco dejarán de ser un grupo numeroso pero, en general, tenido —no sin ciertas razones— por ineducado y pobre, para convertirse en uno más numeroso aún, pero de naturaleza sociocultural muy diferente. No serán solo las empresas hispánicas, y todo lo que gira en torno a ellas, lo que destaque, sino las personas.

El porvenir de los hispanos en los Estados Unidos es ciertamente halagüeño. Es evidente que, con ello, tendrán que cambiar muchas cosas en ese país.

Notas

[1] El director ejecutivo del Secretariado de Asuntos Hispánicos de la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos informó en un comunicado de prensa (*El Nuevo Herald*, 5 de marzo de 2000) de que de los 62.000.000 de miembros que integran la población católica estadounidense, un 30% son hispanos, es decir unos 18.600.000 fieles, algo más del 52% del total de inmigrantes de esta procedencia.

[2] Todo esto tiene que ser puesto en la perspectiva adecuada. Es verdad que las ayudas fueron muy generosas, pero también lo fueron, e incluso mayores, para otras inmigraciones, como la surasiática, y los resultados han sido muy contrastivos, puesto que estos últimos no han logrado superar los altos índices de desempleo, el umbral de pobreza y la dependencia del bienestar social (Bach et ál., 1982, Jensen y Tienda, 1985).

[3] Las muestras manejadas en todos estos estudios (menos en el caso de Lisandro Pérez [1992], que es una opinión personal) no distinguen entre exiliados de verdad y aquellos que fundamentan su carácter de refugiados en motivos

económicos, es decir, los cuasi-exiliados, de los que ya hemos hablado anteriormente. Quizás esta variable hubiese arrojado alguna luz sobre el asunto.

[4] Una revisión atenta al más reciente *Catálogo general de libros publicados 2001* de la Editorial Universal de Miami ofrece ocho colecciones: 'Colección Arte', 'Temas literarios' (con 13 secciones), 'Temas históricos, sociales y políticos' (con 6 secciones), 'Temas afroamericanos' (con 4 secciones), 'Colección diccionarios', 'Colección textos', 'Colección aprender' y 'Temas varios'. Más del 90% de todos los títulos son obras de autores cubanos, casi todas sobre Cuba. *El Catálogo* ofrece también muestras escogidas de discografía de música cubana y litografías a todo color con vistas de la Cuba de 1830.

[5] Hasta donde llegan mis noticias, la comunidad cubana es la única que ha producido una gran *Enciclopedia cubana*, que comenzó con siete volúmenes en su primera edición de los años setenta, y ya cuenta con catorce. Esta enciclopedia está destinada a preservar para las jóvenes generaciones el patrimonio cultural, histórico, político, económico, etc. de la Cuba de ayer. López Morales (2003: 204-211) ha señalado que el cultivo en el Gran Miami de la 'cubanía' no tiene parangón dentro de otros grupos hispanos del país.

[6] Desde 1973 el condado había sido oficialmente bilingüe y bicultural hasta noviembre de 1980, en que se revocó esa ordenanza por 251.259 votos contra 173.168, produciendo un gran malestar entre hispanos y cubanos en particular. Pero en 1993 el poder económico y político adquirido por estos hizo posible su revocación, caso único en la historia de este movimiento en los Estados Unidos (López Morales, 2003: 54-67).

[7] En el Gran Miami, San Antonio (Texas) y Jersey City, los puestos más atractivos son para bilingües equilibrados, muy especialmente en Miami, donde se han instalado unas 300 empresas españolas y varias multinacionales de origen hispanoamericano. Fradd y Boswell (1996) han mostrado que los hispanos de Miami que no hablan español o no lo hablan bien ganaron un promedio de 11.262 dólares al año; por otra parte, los que no hablan inglés solo recibieron 6.147. En cambio, aquellos que manejaban ambos idiomas recibieron sueldos de 18.105 dólares, es decir, 7.000 más que los monolingües en inglés de mayores ingresos. A esto se debe el entusiasmo de jóvenes hispanos que han perdido parte de sus destrezas comunicativas en español en volver a la escuela para perfeccionar su lengua materna. En el año académico 1997-1998 asistieron a estas clases en el sistema público 97.086 personas (Lynch, 2000).